

Entrevista con el sargento Julián Fajardo Mendoza, el 2 de noviembre de 1974, en Miami, Fla.

Yo me inscribí en el ejército en 1923 a los 22 años porque me gustaba la institución. Yo vivía y trabajaba en el campo. En 1932 fui a la escuela para cabo. En 1945 ascendí a sargento por un curso de clases. Cuando el 10 de marzo estaba en el escuadrón de Guantánamo de sargento del cuartel maestro. Hubo una fabricación de casas para sargentos en el reparto militar de Santiago de Cuba y tuve la suerte de ganar una de las casas y acepté el traslado. Eran un grupo de casas nuevas, de mampostería, de tres dormitorios, situadas entre el cuartel y el hospital militar. Ese era el día de santo de mi esposa e hija Ana. Mi esposa era hermana de JOSE VAZQUEZ el dueño de la finca en Siboney.

Cuando empezó el ataque yo estaba en mi casa porque a los empleados del hospital nos permitían dormir en la casa cuando no estábamos en servicio. Ya eran los claros del día, próximo al amanecer. Estábamos durmiendo y sentimos el tropel de los carros que se acercaban y algunos tiros, pero como eran los carnavales, pensamos que eran fuegos artificiales por motivos de las fiestas. Pudimos ver por las ventanas que se bajaban gente armada de los carros, una hilera de carros que llegaba desde la posta 3 hasta la Avenida Garzón.

Eran militares a juicio nuestro, y no se sabía que había. Por los cinturones y zapatos que traían vimos que no eran del ejército. Del frente de nuestra casa hacían fuego hacia el cuartel y hacia el hospital militar que quedaba del otro lado. No llegaron a entrar en las casas hasta después que se vieron perdidos. Un hijo mío, de 17 o 18 años tenía el último cuarto donde estaba su ropa y dos rebeldes se metieron por una ventana. No lo sabíamos porque todos estábamos en el primer cuarto al lado de la sala. Ellos se cambiaron con la ropa de mi hijo y dejaron la suya allí. Después vino una patrulla revisando las casas, y cuando llegaron hasta el fondo, descubrieron que había gente escondida allí y los sacaron. Allí vivíamos tres hijas y un hijo, mi esposa y yo, y una sobrinita que vivía en Baire y estaba allí de visita para los días de fiesta. A las diez nos sacaron a nosotros de la casa y todavía habían tiros. Para distinguirme de ellos me puse un sombrero tejano militar en vez de la gorra, porque los rebeldes iban con gorras. Mis dos hijas salieron primero y gritaron, "No tiren, que somos mujeres."

Nosotros oímos cuando los rebeldes daban golpes en la puerta que daba al patio tratando de entrar, y oímos cuando uno dijo, "tiren y entren Rompan la puerta." Mis hijas gritaron, "Por favor no." "¿Quiénes están ahí?" preguntaron. "Somos mujeres solas." La puerta se abría alando hacia afuera, y por eso no la pudieron tumbar. Mi hija de 16 años fue la que al mirar por la ventana dijo, "papi, no son militares porque no tienen zapatos de militares." Después ellos dejaron tirados por los patios los pantalones, camisas y gorras. En la calle vi un fusil calibre 30 del ejército cuando fui a cruzar al cuartel. En mi casa no teníamos ningún tipo de arma, ni cuchillo siquiera. En el cuerpo de guardia vi al comandante Juan de Dios y el comandante Izquierdo de la policía.

Sentimos el ruido cuando trataron de entrar porque las ventanas no se abren completas, sino por el centro con un pasador por el medio. En la cocina encontré un pantalón y una camisa sudados, porque ellos entraron por la ventana de la cocina. Por las ventanas sacaban ropa para darle a los que estaban afuera, y del hospital los veían, pensando que habían matado a toda la familia. Los soldados después vinieron y rompieron la puerta de la calle y preguntaron quienes estaban allí. Ya yo estaba en el cuartel. Eran como las diez cuando cogieron a los dos rebeldes en el cuarto, ellos decían que eran de la familia, y nosotros contestamos que nunca los habíamos visto. Como mi hijo era un muchacho grande, a ellos le quedaba la ropa corta. Mi hijo los vió y dijo, "esa ropa es mía." Tenían puesto una camisa blanca que él había usado la noche anterior, y cuando los iban sacando de la casa, él metió su mano en el bolsillo y sacó el dinero que había dejado. A nosotros nos tiraron unos tiros por la ventana

del primer cuarto que abrieron tremendos huecos, y nos acostamos y no nos asomamos más.

A los muertos que sacaron del cuartel los llevaron para el hospital militar. ALFONSO SILVA les gritaba a los rebeldes metidos en la casa, "salgan y fájense con nosotros y no con las mujeres." Entre el patio de nosotros y el patio de ROJAS mataron a uno de ellos un muchacho alto y gordo, blanco. Del cuartel le tiraron y lo mataron. ROJAS también salió al cuartel en pleno tiroteo.

En la posta mataron al cabo Izquierdo y al de la posta. Cuando fue a tocar la alarma. A RAMON SILVEIRO lo mataron en la puerta de su casa. Mi hermana estaba en estado y casada con ARMANDO OLIVA, y le dijeron, "A Oliva lo mataron", confundiendo con otro soldado. El cabo NEMESIO TRABA fue uno de los primeros muertos, lo mataron en Garzón y la calle Moncada donde esperaba una guagua. Al policia HORACIO POMPA lo mataron por el Hospital Civil. SANCHEZ ABALOS lo mataron dentro del cuartel maestre cuando se asomó a una ventana. Parece que había ido allí temprano a limpiar.

Yo trabajaba en el departamento de los expedientes del hospital militar, de ingreso, alta y reconocimiento para ingreso en el ejército. Dentro del hospital mataron al sanitario VAZQUEZ y a un policia convalesciente de una operación grande que le habían hecho, por también ir a mirar por la ventana que daba al frente hacia la casa de GONZALEZ. Le dieron un tiro por la cabeza. El estaba en el segundo piso.

Yo conocí a SARRIA desde que él y yo eramos soldados. Fue una persona buena, honesta, seria. El atendía una cantina para los estudiantes en la escuela militar.

Nací el 19 de junio de 1901. Me retiré del ejército en julio de 1957. Salí de Cuba en abril de 1967. En la noche del 1 de enero de 1959 Raúl Castro dió un discurso a la tropa frente al polígono y dijo que no habían vencidos ni vencedores, todos somos cubanos y seguiremos trabajando juntos.